

según Cicerón adorna de tanta belleza y dignidad el discurso? *Splendore vocis et dignitate motus fit speciosum et illustre quod dicitur*. Una fe viva, una persuasión íntima de la grandeza y sublimidad del ministerio evangélico, lleva consigo grandes ventajas para accionar bien; por el contrario, si el sacerdote no se persuade de las excelencias de su magisterio, en este caso su acción decaerá visiblemente, será indigna de la grandeza de Dios.

525. Para muchos es considerado poco menos que inútil fijarse tanto en la acción oratoria, por parecer cosa muy fácil, y sin embargo es cosa bien difícil, como lo es desprenderse de los malos hábitos y adquirirlos buenos, y que por más natural que parezca una cosa, aquí es en donde conviene recordar lo que dice Quintiliano: *Nihil licet esse perfectum nisi ubi natura cura jvatur*. Se ha observado que son poquísimos aquellos á quienes acompaña una buena acción oratoria. Todos los talentos necesitan más ó menos del arte; esto es indiscutible. Todos saben los grandes esfuerzos que hizo el orador griego para vencer su naturaleza ingrata; la domeñó con la aplicación y el ejercicio, y consiguió las disposiciones que aquélla le había negado, y esto en tan alto grado, que Filipo pudo decir que temía más la elocuencia de Demóstenes que las armas de todos los griegos.

526. Se han dado reglas hasta la minuciosidad sobre esta parte tan difícil y descuidada de la Retórica, lo cual hace ver su absoluta necesidad para ser un buen orador; aunque la regla principal es una atenta observación de los buenos predicadores, procurando descartar cualquier vicio que en ellos se observe, y cosas que, siendo peculiares de su genio, no cuadrarían bien con el nuestro; sin embargo, podemos resumir las reglas principales de los autores, para mayor utilidad, en dos puntos: 1.ª El lenguaje oral; 2.ª El lenguaje de acción; notando al mismo tiempo sus defectos.

## LECCIÓN XXXVIII.

## Voz ó lenguaje oral.

527. La pronunciación es en realidad la parte más importante de la acción: la voz del hombre, esa rica armonía y distintivo con que Dios ha querido dotarle, la cual no pueden imitar ni los instrumentos músicos más perfeccionados. Ved cómo ella se distingue entre los acordes armoniosos de bien templadas liras, lo mismo que entre los torrentes de melodía del órgano que en sus notas graves é imponentes llena nuestras catedrales; la voz inspirada y modulada del hombre supera todos los sonidos y notas que la creación entera eleva á su Criador. Nada hay en el hombre que con más energía exprese sus pasiones, ni que más conmueva como su voz. Ya decía Cicerón: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet*. Flexible para todo, ella puede manifestar los sentimientos más delicados del corazón, como las concepciones más sutiles de la inteligencia con todos sus cambiantes é inflexiones, aun las más finas y espirituales, con tal que tenga palabras que correspondan á cada cosa para su forma de expresión. San Agustín quedaba admirado de esta gran flexibilidad de la palabra. «Es tan flexible la voz humana, dice el Santo Doctor, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos bocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad: *Quorum nescio qua occulta familiaritate*. Y ¡cosa admirable! Tan flexible es la voz, que cuando no alcanzan las palabras, ó no se encuentran correspondientes para expresar lo que sentimos, modula en una interjección, en una admiración, en un gemido todo cuanto siente el alma: gemido, voz, eco de una interior armonía capaz de electrizar á todo el auditorio; voz que representa todo un mundo de bellezas en nuestro espíritu, cuya sublimidad no

puede expresar impotente el vocabulario humano. ¡Oh, la voz! Ella modula con suavísimas inflexiones todo cuanto sentimos; todo cuanto pasa en el fondo de nuestra alma. Admirablemente se comprende la parte principalísima que ella tiene en la *acción oratoria*.

528. La buena *pronunciación* es siempre poderosa, porque en ella va envuelta la palabra, el *verbo* que ha de quedar depositado cual germen en la inteligencia y corazón del oyente. Cuando la acompaña el buen timbre de voz, aquellas formas enérgicas que la revisten de virilidad y lozanía, aquel ropaje majestuoso de los vistosos y sobrios atavíos de la elocuencia, su poder es irresistible; nada es comparable á su poderosa dominación. ¡Cuán grande es Demóstenes entre los antiguos griegos, conteniendo con su ardiente palabra el poder de las armas enemigas de su patria! los pueblos helénicos otra cosa no hacen que elevarse ó abatirse según el imperio de la *voz* del gran orador que por completo les domina! ¡Cuán grande es el Crisóstomo cuando con aquella elocuente y poderosa *voz* que sale por aquella *boca de oro*, tiene á Antioquía y Constantinopla suspensas de sus labios, sin corazón y sin alma, porque están en manos del gran orador cristiano, que con el mágico encanto de su elocuente *voz* se ha apoderado de todos ellos.

529. La *pronunciación* es el espíritu de vida que entra en la letra muerta y fría del discurso, el que le da interés y animación. El Señor dice al Profeta: «¿Piensas tú que vivirán estos huesos?» Diles: *Ossa arida audite verbum Domini*. (Ezeq. xxxvii). «Habla:» y habló el Profeta; los huesos se removieron, se animaron, andaban perfectamente revestidos de su carne; había entrado el espíritu de vida. Están reunidos los materiales de un discurso, ¿qué veis? huesos; se han ordenado, compaginado, tienen ya sus adornos, ¿qué veis? no tienen vida, *en ellos* está todavía la muerte. *Vaticinare, habla:* ved que el discurso se anima, se ponen de relieve las figuras, los pasajes sublimes; todo adquiere un nuevo encanto, y lágrimas brotan de los ojos, ¿y cuándo? allí donde la lectura tal vez no hizo impresión. Vemos que discursos los más insignificantes inspiran interés sólo por el tono de voz y acento de convicción con que son pronunciados: ¿qué

serán los de nuestra augusta Religión? *Vaticinare: hablad* con voz patética, vehemente, enérgica, y las cosas más sencillas se volverán interesantes, y las elevadas más grandiosas y sublimes. Es indudable que *las Misiones en gran parte, después de Dios, deben sus prodigios de conversión al acento poderoso de la voz* con que los misioneros anuncian las eternas verdades.

530. Ya San Gregorio Magno, convencido de esto mismo, decía á sus fieles: «Observo que oís con poco gusto la *lectura* de los sermones que preparo, y que la debilidad de mi estómago me impide pronunciar; haré, pues, un esfuerzo y os predicaré de viva voz: *Quia collocutionis vox corda torpentia plusquam sermo lectionis excitat*. Y efectivamente, nada puede suplir adecuadamente á la vida que da al discurso la pronunciación; así como si ésta es mala, es pésimo el efecto que ella produce; porque el sentido del oído, por donde penetra la *voz*, es en extremo sensible y delicado, que no sufre fácilmente las asperezas y vicios de una mala pronunciación, como enseña el gran orador romano: *Aurium est iudicium superbissimum*. La *voz* es, pues, el soplo de vida para los discursos; á su abrasado hálito todo se conmueve, se agita y vive; sin la influencia de la *voz* todo afecto se apaga, todo sentimiento disminuye, languidece y muere.

531. Son tantas las variedades de la *voz*, que no es fácil precisarlas. «Hay voces fuertes, sonoras y vibrantes que conmueven al auditorio hasta en el fondo de sus entrañas, dice el Sr. Sánchez Arce; las hay menos robustas y vigorosas, pero que, dulces é incisivas, penetran como un dardo en las almas y las tienen como suspensas á la palabra santa... Para la generalidad de los habitantes de nuestras aldeas, las primeras que hemos clasificado son más agradables que las dulces y melodiosas, que gozan de mayor ascendiente entre personas más ilustradas de las grandes poblaciones.» En medio de tanta variedad de voces agradables ó molestas sólo el oído tiene el privilegio de pronunciar un fallo favorable ó adverso.

532. Es en gran manera digno de sentirse que muchos no comprendan cuánto debe cultivarse este género de talen-

to. Se ha observado por varios escritores que este género está muy descuidado. Vereis en realidad que unos adoptan tonos insignificantes que acusan poca alma, poca convicción, ó tal vez pocos conocimientos; otros emplean unos tonos falsos, incapaces de satisfacer el gusto de nadie, careciendo ellos mismos del buen gusto requerido; otros salen cual á romper lanzas con tonos exagerados, fuera de propósito, efecto de una grande sensibilidad, que los exhibe cual forzados energúmenos, ó atacados de nervios, ó cuando menos manifiesta en ellos las demasías de una fogosa imaginación que los lleva al retortero. Esto es bien sensible, pues la palabra de Dios es majestuosa, y con majestad debe anunciarse; debe fluir cual caudaloso río según los varios modos y maneras propios de cada orador, sin necesidad de violencias reprehensibles. Vamos, pues, á compilar algunas reglas acerca el buen uso de la *voz*, de este don precioso por Dios legado al hombre.

**533.** Mas antes de todo, para más clara inteligencia, fijémonos en todos los elementos de los cuales se compone la *voz*: 1.º El *timbre*: es la misma disposición del órgano de la *voz*; por esto cuando la *voz* es sonora y argentina decimos: Tiene un buen *timbre*, un buen metal de *voz*. 2.º El *tono* es la nota musical, alta, mediana ó baja; cuando se eleva mucho la *voz*, decimos: Ha dado un *tono* muy alto. 3.º La *duración*: es el tiempo que se emplea en la pronunciación de la sílaba ó palabra: es la *cantidad prosódica*. En ella se comprenden las cantidades de sonido, pausas ó momentos de silencio. 4.º La *intensidad*: es el cuerpo ó fuerza de la *voz*, y produce los sonidos fuertes ó débiles, efecto de un marcado *acento*. «Señala un esfuerzo de *voz*, no una prolongación de sonido,» dice el Sr. Menéndez Pelayo. Por lo que cuando uno se expresa con fuerza, decimos: Pronunció tales palabras con marcado *acento*; y en general á una *voz* fuerte y robusta la llamamos *intensa*; v. gr.: Llenaba las anchas naves del templo con la *intensidad* de su *voz*.

I.—REGLAS PARA LA BUENA PRONUNCIACIÓN.

**534. Regla 1.ª** TIMBRE DE VOZ. Los que de naturaleza han recibido una *voz* ingrata, sólo con mucho trabajo podrán modificarla; mas si por razón de la organización del sujeto resultan tan defectuosas que son en extremo gangosas, agrias, broncas, casi apagadas, entonces ya es muy difícil el remedio para que puedan habilitarse para la predicación.

**535. Regla 2.ª** TONO DE VOZ. Siendo el *tono* la modulación del sonido de la *voz*, debe ser ora dulce, afable; ya patético, conmovedor; otras veces airado, terrible; ó ya trémulo y espantado, según los diversos sentimientos de que está poseído el orador, de los cuales es intérprete, pues para esto el *tono* está destinado. Cada emoción del alma tiene su lenguaje propio, cada pasión su propia inflexión y distintivo, cada asunto requiere su particular *tono* de *voz*. Una misma lectura hecha por uno ó por otro lector hay tanta diferencia como de la noche al día, según el grado de juicio y buen gusto que á los dos distingue; así como un cantar ó una sonata distinguen al buen ó mal músico en su ejecución.

**536.** Admiramos aquí otra vez la flexibilidad de la *voz* humana, que no sólo se doblega á manifestar los más puros sentimientos, sino aún su mayor delicadeza y variedad de formas apenas perceptibles. Es sensible que no se fije la atención en el estudio de los *tonos* propios, tan necesario al predicador para la verdadera expresión sentimental. «Por descuido en este estudio, dice el Sr. Sánchez Arce, llegan pocos á esta perfección: la mayor parte de los oradores dejan enteramente á la casualidad el formarse en la recitación, según que les parece más bonito algún estilo de *voz*, ó según encanta á su imaginación algún modelo artificial, adquiriendo por este medio en la pronunciación hábitos detestables.» Fijémonos bien en nuestros propios *tonos* naturales para expresar exactamente y con eficacia todo cuanto en nuestro interior sentimos.

**537. Regla 3.ª** DURACIÓN DE LA VOZ. Medir los tiempos, saber dar el valor á las sílabas y palabras, sobre todo

las que merecen de un modo particular nuestra atención, da al discurso una armonía tan llena de gracia y energía que no puede menos que cautivar los corazones de los oyentes. Sirven para ello el *énfasis*, que con sonido más fuerte acentúa una palabra ó frase, sobre la cual queremos llamar la atención para darle más importancia. Las *pausas enfáticas*, las cuales usamos cuando, después de haber dicho alguna cosa importante, nos paramos á fin de llamar la atención, ó bien nos paramos antes de decirla. Las *pausas para la distinción de sentido*, que indican las divisiones de éste, y dan lugar al orador para que respire y cobre aliento. Saber, pues, arreglar esas *pausas* según el sentido de la oración, saber recargar los *énfasis* en las sílabas, las frases y las sentencias que justamente lo requieren, es lo que da la belleza al discurso, y constituye su natural duración ó cantidad prosódica.

**538. Regla 4.<sup>a</sup> INTENSIDAD DE LA VOZ.** Cuando nos hablan nos gusta oír lo que nos dicen; luego, pues, el predicador ha de poner su voz al alcance de todos los oyentes. ¿Cómo lo logrará? Según el tono y manejo de su voz. Ya hemos visto lo que es el *tono* de la voz; no lo confundamos con su *intensidad*. Esta es el cuerpo ó fuerza de la voz, el tono es la clave que la hace subir ó bajar. Los tonos son tres: alto, mediano y bajo. Empleamos el *alto* para llamar á una persona que está distante; *bajo* cuando le hablamos al oído; y *mediano* cuando conversamos con otros. Para hacernos entender bien no hay necesidad de tomar el tono más alto hasta desgañitarse. Nada de esto. Sin cambiar la llave, esto es, sin salir de la entonación dada, sin subir ni bajar la voz, no hay que hacer otra cosa sino llenar más la voz dándole más fuerza y plenitud de sonido; con esto se hace más *intensa* sin cambiar el *tono*. Este natural esfuerzo de voz es muy fácil, sobre todo á los de voz corpulenta.

**539.** Si no se tienen en cuenta estas distinciones, resultan grandes fatigas y dificultades en el ejercicio de la predicación. Un tono muy alto es difícil sostenerlo, llegan á faltar las fuerzas y á perderse la voz; las cláusulas salen entrecortadas, y no pueden redondearse ó completarse los períodos convenientemente por no poderles dar el desarrollo ne-

cesario, al mismo tiempo que causa desagradable sensación y molestia al auditorio. La voz para no cansar, y lograr que salga del todo natural, debe contenerse *dentro cuatro notas*, las más naturales á cada uno, sin traspasarlas ni por alto ni por bajo. El predicador en el púlpito, dirija su vista y ponga su voz al alcance de la persona más distante de su auditorio; mas si esto es muy difícil es inútil esforzarse, nos cansaríamos en vano.

**540. Regla 5.<sup>a</sup> ARTICULACIÓN PERFECTA.** En articular y distinguir bien las sílabas y las palabras consiste la claridad de la pronunciación. Si no se articulan y pronuncian bien las letras y las sílabas, resulta una lamentable confusión. Hay quienes para dar más cuerpo y sonoridad á la voz, no se les oye sino aquel continuo *a, e, o, a*, sin poderles distinguir ninguna consonante, por lo que nada se les entiende, ó se les pierde la mayor parte del discurso, quedándose uno en ayunas, cosa que molesta mucho, como al que mientras está comiendo le ponen y quitan continuamente la comida, que no encuentra gusto ni satisfacción. No es con gritos desahorados, sino con la articulación clara y distinta, que un discurso se hace inteligible. Ha habido quienes con voz muy débil se hacían oír con gusto por su clara y limpia pronunciación, mientras que otros dotados de voz extraordinaria nada se les entendía porque confundían los sonidos, y sobre todo suprimían las consonantes, que son el hueso y nervio de la palabra, y en ellas se apoyan las vocales. Hay que triturar esa masa informe de aire que sale de la boca por medio de las consonantes, que son como el cincel que le dan la forma. Lo repetimos: hay que triturar el aire por medio de las consonantes, si no es imposible entenderse. Por desgracia no deja de observarse en varios oradores esta falta, los cuales se comen las sílabas, suprimen muchas consonantes, y por no distinguir y articular bien las letras, sílabas y palabras, ponen grande confusión al auditorio, que llega materialmente á aburrirse. Y lo que aburre no agrada, y lo que no agrada no puede producir fruto. Deben articularse distintamente todas las sílabas; deben, lo diremos, escupirse todas las palabras enteras sin esconder ni una letra, y entonces resulta una pronunciación clara, limpia, inteligible y en gran manera agradable.

**541. Regla 6.<sup>a</sup> LENTITUD NECESARIA.** Singularmente los jóvenes deben atender mucho á este requisito. Todo impele al joven orador á que precipite su discurso: su lozana edad, el ímpetu de las pasiones, el fuego de la imaginación, la viveza de sentimientos, las ideas tan frescas que conserva de sus estudios, los ejercicios del aula, los deseos de practicar con fervor su sagrado ministerio, el afán de cortar los vicios, de estimular á todo el mundo á las virtudes, áun su misma inexperiencia. Mas todo quiere su modo; y los jóvenes si no van con cuidado desde un principio podrían adquirir malos hábitos, de los cuales no pocas veces tendrían que arrepentirse. «Ordinariamente, dice el Sr. Sánchez, se les oye hablar desde la cátedra del Espíritu Santo con una precipitación que asombra, hija de la fogosidad de su genio, y de la falta de la serenidad y calma que requiere ejercicio tan delicado, lo cual confunde la articulación y el sentido de lo que se habla. Por lo que es preciso emplear grande cuidado en moderar la ligereza en el hablar.» Cuando no hay precipitación se pronuncia mejor, tiene más dignidad el discurso, el orador no se fatiga, el auditorio recibe y retiene mejor la palabra de Dios, se van desarrollando mejor los asuntos; pero sobre todo es en la improvisación que se nota esta ventaja, pues saben escogerse mejor las ideas que convienen, para desechar las que no son tan oportunas. Mas esto requiere calma, dominio de sí mismo, á todo lo cual se opone la precipitación; la cual, según Maury, es un vicio de los más difíciles de remediar una vez contraído.

**542. Regla 7.<sup>a</sup> PROPIEDAD DE LA PRONUNCIACIÓN.** A cada palabra conviene darle su propio sonido. Las reglas de acentuación deben saberse perfectamente, pues ella modifica en gran manera las voces de un idioma. El acento provincial que la naturaleza y costumbres dan á los naturales de distintas provincias de un reino no influyen menos sobre la pronunciación. Estos acentos son más ó menos viciosos, y hay que atender al modo de hablar de las personas cultas.

**543. Regla 8.<sup>a</sup> NATURALIDAD.** Está es la *Regla entre las reglas*. Es menester *hablar* al auditorio con la voz natural, aunque más esforzada, porque hablamos á muchos, y deben oírnos. Debe conservarse la voz propia, no inten-

tando hacerla aparecer más dulce y más delicada, ó más fuerte y más llena de lo que es en sí, sino que salga espontánea y natural. Es tan importante esto, que el Sr. Martínez Sanz ha dicho sobre el particular: «Esta es la única regla que se puede dar, y ella basta.»

**544. Regla 9.<sup>a</sup> EJERCICIO.** Cuanto más se cultiva el instrumento de la voz tanto más se desarrolla y fortifica; pero desde el momento que se descuida, va debilitándose y llega á perderse. Por esto se observa que, en igualdad de circunstancias, á los predicadores, lectores, y cantores de ejercicio continuo en sus oficios se les aumenta notablemente la voz, con acentuación más pronunciada. Conviene, pues, ejercitarla con lecturas en alta voz, ó declamación de piezas oratorias. De estas condiciones del lenguaje oral se deducen como corolario algunos vicios opuestos, dignos de notarse.

## II.—VICIOS OPUESTOS Á LA PRONUNCIACIÓN.

**545. 1.<sup>o</sup> Gritos desaforados de oradores violentos, á cuyos semejantes ridiculizaba Cicerón: *Latrant jam quidem, non loquuntur oratores*.** «Los predicadores que tienen pocas cosas buenas que decir, por lo ordinario son los que se agitan más en la pronunciación, dice el Sr. Sánchez; ellos son estériles en razones y fecundos en gritos, como si con éstos lograsen el convencimiento y la persuasión. Además, estos excesos en la pronunciación alteran y arruinan el temperamento más vigoroso, y conducen rápidamente á la pérdida de la salud y á una muerte prematura.» Para evitar esos excesos vigilaba mucho San Vicente de Paul sobre sus misioneros. Sin embargo, no hay que confundir la energía, fuerza y vehemencia de la expresión razonable y mesurada, con la violencia y furor.

**546. 2.<sup>o</sup> La pronunciación acelerada de las finales, que hace que no se perciban.**

**3.<sup>o</sup> Una lentitud pesada, que parece arrastra las palabras por la arena.**

**4.<sup>o</sup> Ahuecar la voz é hincharla de una manera afectada y pedantesca.**

5.º El acento provincial exagerado.

6.º Hablar frecuentemente con énfasis, porque entonces nadie para atención á lo que se dice.

547. 7.º Pronunciación siempre igual; voz semejante al martilleo del herrero; monotonía enfadosa, capaz de disgustar á todo el mundo. Siempre, siempre tocando la misma cuerda.

548. 8.º Cuando un predicador comienza y continúa en tono alto como si hablase á los Angeles, ó á gentes que estuviesen suspendidas de las bóvedas, como dice un escritor. Es ser incivil y muy poco atento hacer reunir tantas gentes y no decirles una palabra.

549. 9.º Desigualdad de voz; como aquellos que, dando un grito desaforado, bajan de repente á un tono tan imperceptible, que los que están algo distantes se quedan en ayunas y pierden el hilo del sermón, quedándose bien molestados.

550. 10. Abuso de voz con sermones muy largos, ó con entonación muy elevada y fuerte.

### III. — REGLAS PARA CONSERVAR LA VOZ.

551. Todos los escritores de Sagrada Elocuencia convienen en que un timbre de voz simpático y armonioso es un don que se debe á Dios, que el arte no puede otorgar; mas también están concordes en que hay medios poderosos, tanto para corregir los defectos del órgano de la voz, como para conservar instrumento tan precioso y necesario para la predicación. Todo lo cual debe animar mucho al ministro de Dios, singularmente á los misioneros, viendo que con alguna diligencia de su parte pueden estar siempre aptos para la viña del Señor, observando en cuanto á conservar la voz las siguientes Reglas:

552. **Regla 1.ª** Uno de los grandes cuidados que ha de tener el predicador, es no abusar de la voz y no fatigarla, ya en el púlpito con gritos demasiado violentos y predicaciones muy largas, ya fuera del púlpito con inútiles y largas conversaciones, cantos no necesarios, disputas y contestaciones vehementes.

553. 2.ª Después de la predicación se debe reposar y evitar absorber el aire frio, sobre todo de la noche, y no salir de la iglesia hasta que el cuerpo se ha resfriado bien y se ha secado el sudor.

554. 3.ª Para conservar la voz los médicos aconsejan un *régimen alimenticio saludable* y fortificante, evitando los alimentos picantes y licores fuertes que podrían dañar la garganta; igualmente prescriben *acostarse temprano*, paseos moderados, y observar las *estrechas reglas de la moralidad*, que tanto vigorizan todo el ser del hombre.

555. 4.ª Es cosa probada y de grande efecto bañarse la cabeza y cuello con agua fria por las madrugadas, media hora después de haberse levantado de la cama, excepto si uno está ya con el resfriado. Se pone una voz muy limpia y sonora. Cosa tan necesaria, sobre todo en tiempo de Misiones.

556. 5.ª En el púlpito es menester colocarse bien debajo el tornavoz, y dirigir la voz á la columna ó pared de enfrente para que repercuta sobre el auditorio, evitando dirigir la voz al fondo de alguna capilla, porque queda absorbida y se pierde; en fin, hay que buscar el modo que salga bien hasta que se encuentre.

557. 6.ª Hay que evitar en el púlpito las corrientes del aire; y si se ha de predicar á campo raso hay que ponerse de espaldas contra el viento, y así se conserva la voz, que en alas del viento es llevada á las muchedumbres apiñadas. Como lo hacía aquel célebre misionero de la Orden de nuestro Padre San Francisco, que al púlpito en el cual predicaba en los campos le había puesto una veleta, y según el movimiento de ésta giraba también la multitud, que seguía la dirección del misionero; y así ni este perdía su voz, ni el inmenso auditorio sus palabras.